

***Laudatio* de José Luis Corzo Toral, con ocasión de su jubilación como Catedrático de Teología de la Palabra en la Sección de Teología Pastoral de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca en su sede de Madrid**

Juan de Dios Martín Velasco

Universidad Pontificia de Salamanca

Me es sumamente grato ofrecer la *Laudatio* del Profesor José Luis Corzo con motivo de su jubilación como catedrático en esta casa, y comienzo, agradeciendo a José Luis Segovia, Director de nuestro centro, el encargo de hacerlo. Probablemente no haya tenido otra razón para pedírmelo que mi condición de profesor, emérito, que más años ha convivido con el homenajeado. Todavía le recuerdo joven profesor ayudante del profesor González de Cardedal, recién llegado de Alemania para iniciar su larga trayectoria como catedrático de teología en nuestra Universidad. Intervine más tarde, en el año 2000, para que José Luis se trasladase de la entonces Facultad de Teología “San Dámaso” (hoy Universidad Eclesiástica) a nuestro centro. Se juntaron para ello “el hambre” –es decir el deseo del profesor Corzo de dejar aquel centro, entonces emergente y hoy brillantemente emergido–, y “las ganas de comer” –es decir, la necesidad de nuestra Sección de reforzar su estructura académica notablemente debilitada por la jubilación o la desaparición de un número considerable de los miembros de su Claustro.

1. DATOS PARA UN CURRÍCULUM VITAL Y ACADÉMICO

El profesor Corzo es Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca, Licenciado en Ciencias de la educación en la misma UPSA y, como a él le gusta recordar, Maestro de Enseñanza Primaria. Ha enseñado en la UPSA: Facultades de Pedagogía, Teología e Informática; en varias Escuelas Universitarias del Profesorado: Universidad de Salamanca, ESCUNI de la Universidad Complutense de Madrid, Centro de Estudios Universitarios (CEU); San Dámaso; en el Máster de Ciencias de la Religión de la Universidad Pontificia Comillas; y en nuestra Sección de Teología Pastoral. También coordina, desde su fundación, la Cátedra “san José de Calasanz” en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Su docencia ha versado principalmente sobre Pedagogía de la Religión y Teología de la Educación; pero también ha impartido clases sobre no pocas materias, como el tratado sobre Dios y el fenómeno religioso.

Ha sido Director del Departamento de Catequética en la Facultad de san Dámaso y Director del Instituto de Pastoral en dos períodos.

José Luis Corzo es autor de más de una docena de libros, casi todos sobre temas de educación. Ha dedicado especial atención al pedagogo italiano Lorenzo Milani, y varias obras suyas, traducidas al italiano, han gozado y siguen gozando de gran audiencia en Italia. Agudo y brillante escritor, ha puesto con frecuencia a sus libros títulos llenos de frescura –en el mejor sentido– que han llamado la atención de numerosos lectores: “*No viene en el libro, pero entra en el examen*”; “*Educación es otra cosa*”; “*Jesucristo falta a clase*”; y no es raro que recurra a felices metáforas, como “tragaluces” y “claraboyas”, para referirse a la presencia de Dios en la vida o el camino del hombre hacia Él.

De su presencia y su actividad en los más diferentes foros dan cuenta las más de cuarenta obras colectivas, publicadas en España, Italia, Francia y Suiza, en que ha participado, y su colaboración a numerosas revistas de teología, pedagogía, pastoral y pensamiento cristiano. Es también fundador y director de la revista *EducaciónNos*, que se ocupa de los muchos problemas de la educación en la actualidad y propone vías poco transitadas para responder a ellos.

Que la pedagogía ha sido la materia constante de su preocupación y de su trabajo es una evidencia que salta a la vista con solo recorrer los títulos de sus escritos. Nada extraño, por otra parte, dada

su condición de sacerdote escolapio. Aunque, vista su forma de dedicarse a ella, yo no me atrevo a decidir si José Luis se ha consagrado a la pedagogía por su condición de escolapio, o se hizo escolapio llevado ya por una muy decidida vocación a la pedagogía. En todo caso, señalada su dedicación a la pedagogía, me parece indispensable poner de manifiesto la orientación y el estilo con que la ha desarrollado y mostrar cuál ha sido su aproximación a la materia y qué clase de pedagogía ha defendido y promovido en su dedicación a ella. De ello nos informan sobre todo sus escritos y algunas de las tareas que ha llevado a cabo.

Lo primero que llama la atención en sus publicaciones es la presencia permanente del nombre de Lorenzo Milani. Un “cura incómodo” italiano que se cuenta entre los grandes reformadores de la pedagogía en el siglo XX. Unas notas inéditas de José Luis para un “libro de pedagogía narrativa” (de pronta publicación, esperamos sus amigos) cuentan una anécdota, vivida en su época de joven estudiante de teología en Roma, que explica la razón de esa presencia y su importancia en la vida del futuro profesor de pedagogía. Estamos en 1970. José Luis Corzo es estudiante de teología y decide colaborar en una “doposcuola”, unas sesiones para el repaso escolar de niños, en un barrio de chabolas de Roma. Apenas ha comenzado el curso, cuando la joven romana que coordinaba el proyecto lo despide sin contemplaciones. Le había oído decir a los muchachos: “Aquí se viene a estudiar, no a molestar; así que el que no quiera portarse bien, que se quede en su casa”. “De manera, le dice la coordinadora al joven escolapio, que tú mandas a casa precisamente a los que queremos ayudar; ¡no vuelvas!”. Pero al despedirle, la buena coordinadora a quien él ha atribuido una misión providencial, le entrega la “Carta a una maestra” escrita por los chicos de la escuela de Barbiana fundada por Don Milani.

Me ha llamado muy poderosamente la atención la respuesta del joven Corzo a este episodio y a la lectura de la “Carta”. “¿Por qué, se pregunta, no me habían dicho esto los escolapios? O ¿es que yo no había sabido escucharlo: Que a los maestros nos pagan para el último de la clase, no para el primero?”. Y descubre que Don Milani ha sabido actualizar como pocos en el siglo XX el carisma de san José de Calasanz en el siglo XVII: la enseñanza gratuita principalmente a los niños pobres. Así fue como el “cura incómodo” convirtió al joven estudiante de teología en un verdadero escolapio: un religioso de la “Orden de los clérigos regulares de los pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías”, que ese es el verdadero nombre, el nombre completo, de los religiosos conocidos demasiado resumidamente como “Escolapios”.

Una conversión así podría haber llevado al joven P. Corzo a romper con su Congregación, que no le había descubierto algo tan fundamental, y a fundar una rama de “escolapios de estricta observancia”, como harán después, ciertamente sin razón, otros hermanos suyos hace bien poco. José Luis no toma esa opción. Pero la “conversión” no le deja tranquilo y le pide actuar en consecuencia. Se propone fundar y funda, con otros hermanos, en los escolapios de Salamanca una “Casa-Escuela” para los últimos, al más puro estilo de san José de Calasanz, y de Milani. Montada, hasta materialmente hablando, en la Calle Santiago de Salamanca, por los que iban a dirigirla, comienza a funcionar como “Residencia laboral” en 1972.

Después, la residencia “cambiará de últimos” y abrirá sus puertas a muchachos del campo salmantino, muchos de ellos hijos de trabajadores agrícolas forzados a emigrar a otros países de Europa, Alemania y Suiza sobre todo, como tantos otros trabajadores españoles en aquellos años. Desde la “Casa Santiago” podrán seguir los cursos de Escuelas de Formación Profesional y el aprendizaje en diversos talleres de Salamanca. La elección de los alumnos, el funcionamiento de la Casa y la orientación de la educación ponía en práctica los criterios y métodos de Milani: estudios dirigidos, entrevistas a huéspedes, escritura colectiva. El reglamento se resumía en dos palabras: “sinceridad y trabajo”. Se trataba de dotar a los alumnos, en palabras de Milani, “de las armas de la palabra y el razonamiento”.

Con la Escuela y en torno a ella surgiría una “Comunidad de base”, en la que participaban también, libremente –¡no faltaba más!–, los alumnos. Luego vendría la “Granja-Escuela”, que se daba a conocer en la estación de autobuses de Salamanca con un anuncio a la altura de la institución: “Se buscan chicos y chicas dispuestos a demostrar que ser agricultor es una profesión, no una condena”.

En estos “menesteres”, hábil y generosamente combinados con estudios, clases universitarias y escritos varios, pasó el joven escolapio 19 años. El repaso de estos años de su vida, nos evita tener que bucear en sus escritos para conocer la orientación de su pedagogía, y la que cobrará su vida. Porque una “orden” de sus superiores le va a proponer para rector de un colegio escolapio convencional –es decir, para hijos de familias acomodadas– en Tenerife, y la lectura, otra vez casual y providencial a la vez, de una carta en la que Milani prevenía a un compañero suyo de los peligros que encerraba la dedicación a la educación de los hijos de familias ricas, le lleva a la objeción de conciencia a ese nombramiento que normalmente debería haberle halagado, y permanecer en la Casa Santiago de Salamanca, haciendo compatible su presencia en ella con no pocos trabajos académicos en diversas instituciones salmantinas.

En 1990 el joven profesor se traslada de Salamanca a Madrid, para ejercer, teórica y prácticamente, su oficio de pedagogo, enseñando como profesor en la Escuela Universitaria del Profesorado de EGB (Escuni) de la Universidad Complutense, que funcionaba por entonces en instalaciones anejas al Seminario Conciliar de Madrid, como catedrático de Pedagogía de la Religión en la Facultad de Teología “San Dámaso” de la Archidiócesis, y, como entonces era habitual, en otras varias instituciones académicas madrileñas que solicitaron sus servicios.

Desde esa misma fecha, José Luis Corzo fue profesor, y más tarde catedrático, en este centro en el que ahora llega a la jubilación. Su principal dedicación en él han sido las clases y los seminarios que llevaba consigo el desempeño de su cátedra de Teología de la Palabra, desde la que ha propagado sus convicciones pedagógicas de base, su concepción de la presencia de la asignatura de la religión en los centros escolares, su preocupación por el ministerio de la predicación y la práctica de la homilía, y en los últimos años, si no me equivoco, los resultados de su reflexión sobre el lenguaje y el mundo de los símbolos.

2. APORTACIÓN DEL PROFESOR Y PEDAGOGO JOSÉ LUIS CORZO A LA REFLEXIÓN SOBRE LA PASTORAL PROPIA DE NUESTRA INSTITUCIÓN

Su ejercicio de la dirección del Instituto y su coordinación de sectores como el Seminario de Agentes de Pastoral y las Sesiones de lectura creyente de la actualidad le han permitido intervenir en las discusiones en torno a la naturaleza de la acción pastoral y defender su manera de entenderla y practicarla. Sobre este aspecto de su tarea pueden hablar y hablan con reconocimiento, mejor que lo pueda hacer yo, sus alumnos. Pero un escrito suyo de hace algunos años nos permite descubrir las grandes líneas de su visión de la acción pastoral y los criterios que la inspiran. Se trata del libro de Lorenzo Milani *Experiencias pastorales*. Fue publicado por su autor en italiano en 1958, y fue recibido con reservas, y objeto de algunas censuras, por aquellos años. José Luis Corzo lo traduce al castellano en 1975 y es publicado en la Editorial Marsiega ya desaparecida. En 2004, el libro, que no había perdido nada de su actualidad, fue editado, con todos los honores, por la Editorial Católica en su Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), con una larga y enjundiosa introducción del Profesor Corzo. En ella nos ofrece su autor, además de las claves para la lectura del libro de Milani, su visión de la pastoral y de las

muchas cuestiones socio-culturales, religiosas y eclesiales implicadas en ella.

En una reseña para “Vida Nueva”, decía yo al poco de su publicación: “Especial atención merece la *Introducción* del traductor, que ofrece datos importantes sobre el autor, la cuestión pastoral, la problemática de la educación, y la situación socio-política y religiosa del momento, indispensables para una lectura más provechosa del lúcido, provocador y profético texto de Milani”. La introducción es importante, además, decía yo entonces y puedo repetir ahora, “por los criterios certeros que la inspiran”. No es cuestión de repetir aquí la fundamentación de juicios tan positivos, que me llevaron a recomendar vivamente su lectura a los agentes de pastoral y a todas las personas preocupadas por los problemas de la educación. Lo hacía con toda convicción y puedo seguir haciéndolo ahora, sobre todo, porque las renovadoras propuestas contenidas en el proyecto pedagógico de Milani me parecían perfectamente aplicables a la acción pastoral y a los métodos con que debe llevarse a cabo. Pienso, por ejemplo, en la superación de esa idea perniciosa de no pocas pedagogías que hacen consistir la educación y la enseñanza, principal, si no exclusivamente, en la transmisión de conocimientos, destrezas y hábitos que posibiliten el futuro triunfo profesional de los alumnos, o su integración en el sistema. Una concepción de la pedagogía que, trasladada a la acción pastoral, hace consistir el conjunto de las acciones de la Iglesia, primariamente, en la transmisión de doctrinas, normas, formas de vida, mediaciones, en definitiva, olvidando la iniciación de las personas en la experiencia de la fe, en el encuentro con el Señor, del que surgirán y se alimentarán después las mediaciones producidas por los sujetos y sus comunidades, de acuerdo con las circunstancias culturales del momento en el que vivan.

Una de las aportaciones más originales del libro radica en el descubrimiento de la estrecha relación existente entre la actividad pastoral y el mundo de la educación, sus instituciones y sus recursos. Primero, porque, al iniciar al alumno en la “toma de la palabra” por la que se hace cargo de la realidad; al despertarle al conocimiento de sí y de su propia dignidad; al facilitarle recursos para descubrir el desorden social y las ideologías que lo encubren y lo sancionan, la educación así entendida es preámbulo indispensable para el logro de un cristianismo, que no se reduzca a tradición, fe heredada, o pertenencia a la institución, sino que aspire a ser cristianismo personalizado centrado en la conversión de la persona y la experiencia de la fe convertida en eje en torno al cual gire la vida toda de la persona y en *cantus firmus* que permita el libre desarrollo de la polifonía de

la vida. Y, además, porque, como muestra el libro, la escuela está llamada a constituirse en el “octavo sacramento”, lugar de encuentro del Evangelio con las actitudes personales que convertir y las estructuras sociales que transformar.

La visión de la pastoral presente en el libro que el traductor hace suya y que ha presentado y defendido con ahínco a lo largo de su trayectoria vital y de su actividad docente explica la importancia de la presencia de la pedagogía en un programa de formación pastoral. Esa ha sido, a mi entender, junto con sus muchas publicaciones, la gran aportación del profesor José Luis Corzo, durante casi 25 años, a la Sección y el Instituto de Pastoral, nuestro centro, con dedicación y competencia ejemplares.

Estoy seguro de que su siembra generosa de ideas e iniciativas a favor de una educación renovada, y de una implicación de la Iglesia y sus comunidades en esa tarea, orientada, como el conjunto de su acción, preferentemente hacia los pobres, ya ha dado abundantes frutos y continuará produciéndolos a través de sus discípulos y de sus escritos. A mí me corresponde, y lo hago con sumo gusto, hacerme eco del agradecimiento de los alumnos, profesores, y cuantos hemos trabajado y siguen trabajando en nuestro centro, al profesor José Luis Corzo, y desearle, en nombre de todos, muchos años de trabajo fecundo en la nobilísima misión a la que ha consagrado su vida.